



Aproximaciones literarias



Un cuarto de siglo con Lezama Lima

Primera Parte

Roberto Fernández Retamar

Como se verá, para bien o para mal estas páginas carecen del empaque que se suele esperar o temer de una conferencia: son lo que preferiría llamar una charla, y por añadidura ni siquiera comenzaron por ser eso, sino respuestas improvisadas, y en consecuencia desaliñadas, a preguntas que nos hicieron para un libro de entrevistas a un grupo de quienes fuimos durante años amigos de José Lezama Lima¹.

No pretendo con ello restarle nada a otros acercamientos, desde luego. Muchos trabajos serios (y, como es habitual, otros menos serios y hasta malísimos) se han dedicado a Lezama. Yo mismo escribí hace más de cuatro décadas un libro que, si no me equivoco, contiene uno de los dos estudios más extensos dedicados hasta esa fecha a la poesía del autor de *Enemigo rumor*. Simplemente quiero explicarles el alcance limitado (salvo en lo tocante al autor tratado y sus palabras) de lo que van a leer.

¹ Se trata del libro de Carlos Espinosa *Cercanía de José Lezama Lima*, La Habana 1986, en el que aparecieron con el título «Perpetuo gerifalte, escándalo bizarro.»; también me valgo, ampliándolo, de un texto, que con el título del actual, leí en la UNESCO, de París, el 27 de mayo de 1983.

En 1948, gracias a Víctor Manuel, uno de mis maestros iniciales, conocí a René Portocarrero, quien me regaló el primer ejemplar de *Orígenes* que tuve, y me habló entusiasmado de Lezama. Sin duda ello influyó en que yo adquiriera, y leyera con sobresalto y avidez, la antología de Cintio Vitier *Diez poetas cubanos*, que acababa de aparecer. Siguiéron los habituales forcejeos en los cuales un joven artista asimila (o no) los desafíos que la vida le va ofreciendo. Poco después, también me azuzaron el interés por Lezama y *Orígenes* otros amigos, entre los cuales recuerdo con particular afecto a Mariano Alemañy. Al cabo, con una excusa, en 1951 fui a ver a Cintio y Fina, los cuales casi inmediatamente me pusieron en contacto con Eliseo Diego, Agustí Pi, Octavio Smith, Angel Gaztelu; y, como muchos poetas jóvenes de aquel tiempo, llevé a Lezama (junto con mi condiscípulo y amigo Mario Parajón, quien me lo presentó) poemas míos. Fueron «Décimas por un tomeguín», «Canción» y «Palacio cotidiano», que ese año 1951 aparecieron en el número 29 de *Orígenes*.

Empezar a publicar en *Orígenes* fue para mí una gran felicidad. Hacía siete años que la revista venía editándose (lo haría durante un lustro más), y era ya respetada por núcleos escasos pero rigurosos de varios países. En mi caso personal, implicó además el comienzo de una amistad con Lezama que sólo vino a ser interrumpida por su muerte.

Cuando terminé en 1953 mi tesis de grado sobre *La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953)*, él me pidió que saliese bajo el sello de Ediciones *Orígenes*, lo que ocurrió al año siguiente. Tuve así el honor que para un escritor joven implicaba contar con un título suyo en esa colección. Tales hechos resultaron para mí grandes estímulos en mi trabajo literario, y además contribuyeron a vincularme para

siempre en fraternal relación con aquellos poetas.

Se sabe que en *Orígenes* vieron la luz no sólo colaboraciones de escritores cubanos integrantes de lo que acabó llamándose el Grupo *Orígenes* (y que en su casi totalidad preexistía a la revista, aunque es claro que no con ese nombre), sino también de francotiradores como Samuel Feijoo; de otros autores de más edad, como Alejo Carpentier, Dulce María Loinaz, Mariano Brull, Lydia Cabrera, Lino Novás Calvo, Eugenio Florit, Emilio Ballagas o Enrique Labrador Ruiz; y más jóvenes, no sólo como yo, sino también como Fayad Jamís, Pablo Armando Fernández, Clea Solís, Edmundo Desnoes, Pedro de Oraá, Nivaria Tejera o el propio Parajón. En su calidad de editor, Lezama fue, sin embargo, exigente, y no todos los que se acercaron a él con el propósito de aparecer en las páginas de sus revistas tuvieron suerte. De ahí que varios de los que no pudieron publicar en ellas, en especial en *Orígenes*, se volvieron a veces sus enemigos, y en más de una ocasión lo hicieron blanco de torvos ataques, que a raíz de 1959 asumieron, a menudo, máscaras presuntamente revolucionarias, lo que en otras condiciones hubiera podido acarrearle graves consecuencias. El oportunismo de quienes procedieron así es tanto más vergonzoso por cuantos algunos de esos mismos seres han querido luego (cuando, ya lejos en todos los órdenes, carecían de medios para lastimar a quien había sido reconocido ampliamente en su altísima calidad) presentarse como sus grandes admiradores de siempre y hasta sus aguerridos defensores.

Lezama, por otra parte, no se limitó a acoger en las páginas de *Orígenes* textos de aquellos poetas entonces jóvenes, sino que rompió lanzas por ellos (por nosotros) Cuando en 1952 Cintio Vitier dio a conocer su hermosa y agredida

² LEZAMA LIMA. En revista *Orígenes*. La Habana: No 31, p. 63.

antología *Cincuenta años de poesía cubana 1902-1952* (que concluye con poemas de Fayad Jamís y míos), Lezama tomó ardoroso partido a favor del libro, y escribió sobre él una combativa nota aparecida en el número 31 de su revista. Dijo allí entre otras cosas: «*Nos ha parecido admirable que hombres de veinte años, que comienzan a tejer los enigmas poéticos, y que esa justicia poética está en la obligación de descubrir y potenciar, aparezcan ya en esa antología, pues se vislumbra de inmediato que forman parte de la mejor corriente de poesía que estructura la marcha de la imaginación como historia, la imaginación encarnando en otra clase de actos y de hechos*»²

No costará pues trabajo comprender cuánto significó para mí colaborar con Lezama. Según recordó él mismo en una entrevista que concedió a fines de la década del 60, a partir de mis veinte años estuve estrechamente vinculado a *Orígenes*. Con entusiasmo dirijo desde hace casi tres décadas la revista *Casa de las Américas*, y si bien durante este tiempo creo que ha tenido y tiene un sesgo más cercano al de revistas como *Amauta*, ciertamente no deja de aprovechar las enseñanzas de *Orígenes*. De modo que esas declaraciones, por otra parte tan espumeantes, del autor de *La fijeza*, me llenan de regocijo. Voy a recordarlas aquí. Según Lezama, «*Roberto Fernández Retamar, que ahora dirige la revista Casa de las Américas, desde muchacho estuvo en la revista Orígenes, y desde luego, vio muy de cerca lo que es un taller de tipo renacentista, creando en una gran casa animada por músicos, dibujantes, poetas, tocadores de órgano. De tal manera que, cuando un número salía, parecía la vecinería de un barrio cuando sale el pan, en la fiesta de la mañana, con esa alegría que percibimos también en los coros de catedral, cuando todos los barrios, todos los oficios concurren al misterio de la alabanza*».

Orígenes constituyó hechura mayoritaria (aunque no exclusiva)

de Lezama, de su trabajo intelectual y, también, de su esfuerzo físico.

Lo acompañé varias veces a la imprenta Úcar García, a ver imprimir la revista o a recoger ejemplares. «*Nunca se sabe con certeza por qué pasará uno a la historia*», me comentó en una oportunidad. Puso como ejemplo el del novelista Huysmans, quien recibió una distinción oficial...por su trabajo durante muchos años como funcionario, y añadió: «*Así que quién sabe si yo seré recordado como el gordo que, erguido, llevaba los paquetes de Orígenes a la oficina de correos*».

Al clausurar en 1981 el *Coloquio sobre literatura cubana 1959-1981*, recordé que en 1953, al margen de la fría y desvergonzada conmemoración oficial del primer centenario del nacimiento de José Martí, *Orígenes* dedicó a la «*Secularización de José Martí*» su mejor número, ilustrado por Amelia Peláez, como otros lo estarían por Mariano, Portocarrero, Lam y en general los mejores pintores cubanos de entonces.

Aquel número incluyó colaboraciones de figuras tan altas de nuestra lengua como Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Jorge Guillén, María Zambrano, María Rosa Lida de Malkiel y otras



José Lezama Lima.

más, entre las cuales, por supuesto, había un nutrido número de cubanos. En las páginas iniciales de aquella entrega, un editorial sin duda escrito por Lezama (para quien la Cuba de entonces era «*un país frustrado en lo esencial político*»), además de decir cosas como que en «*la soberanía*» del estilo martiano se «*percibe la mañana del colibrí, la sombría majestad de la pitahaya, y los arteriales nudos del cedrón*»; que Martí «*será siempre un cerrado impedimento a la intrascendencia y la banalidad*», y que «*sorprende en su primera secularizada la viviente fertilidad de su fuerza como impulsión histórica, capaz de saltar las insuficiencias toscas de lo inmediato, para avizorarnos las cúpulas de los nuevos actos nacientes*», describe la obra magna de nuestro Apóstol llamándola «*inmensos memoriales dirigidos a un rey secuestrado*».

En Cuba (dije más adelante), ¿no sabemos desde hace muchos años quién es ese «*rey secuestrado*» a quien según Lezama Martí dirigía sus «*inmensos memoriales*»? Dicho sea sin la menor retórica, y sobre todo sin la menor retórica aparentemente revolucionaria, ese rey era (es) nuestro pueblo. Por supuesto, fueron necesarios el asalto al Moncada y nuestro espléndido proceso revolucionario para que esto se volviese transparente como la luz.

Para evocar a Lezama persona

Al poco tiempo del triunfo revolucionario en Cuba, Lezama, quien había sido nombrado Director de Literatura y Publicaciones de la Dirección de Cultura, organizó en el Palacio de Bellas Artes un ciclo de conferencias llamado «*La poesía en los poetas de la nueva generación*», y me pidió iniciarlo, lo que hice el 24 de agosto de 1959 con la lectura de «*La poesía en los tiempos que corren*». Lezama hizo mi presentación, y de paso la del ciclo todo.* (Las palabras que leyera entonces Lezama las halló entre sus textos inéditos, en la Biblioteca nacional José Martí, el poeta Victor Fowler, quien tuvo la gentileza de darme copia de ellas.

No tenían título ni fecha. Le expliqué la ocasión en que las dio a conocer y le sugerí llamarlas «*Seis jóvenes poetas cubanos*». Aparecieron con otros textos breves de Lezama y nota de presentación del propio V.F., en un cuaderno de dieciocho páginas, Edición Homenaje. Lezama Lima, publicado, en tirada muy restringida, en La Habana, en 1991. Las reproduce, con el título «*Me gusta saludar...*», en Casa de las Américas, No 195, abril-junio de 1994.) «*Me gusta saludar con frecuencia cariñosa*», comenzó diciendo allí, «*un poema de Fernández Retamar, donde el mendigo, suelto del despilfarro simbolista, realiza una tarea, la de ser dueño de todas las palabras, esencial poeta que no escribe, sin desdeñar la poesía ni querer ser capitán de escuela poética.*»

A partir de ese año, y especialmente de 1961, tras mi regreso definitivo de París, mis encuentros con Lezama tuvieron a menudo, además del natural carácter personal que siempre predominó, también carácter personal de trabajo. Por ejemplo, cuando en la segunda mitad de 1961 se creó la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), él fue uno de sus vicepresidentes, y yo, su secretario coordinador, lo que nos hizo coincidir en muchas tareas y ocasiones: a veces dramáticas, como cuando la Crisis de Octubre de 1962. En el primer número de la revista Unión, que fundé ese año y dirigí hasta 1964, conjuntamente con Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y José Rodríguez Feo, apareció el poema de Lezama «*Proverbios*». (No hubo revista bajo mi responsabilidad donde no colaborara Lezama, desde La Nueva Revista Cubana, en 1959, hasta Casa de las Américas, cuando empecé a dirigirla en 1965: antes, él había estado ausente de las páginas de esta última.) También, como responsable que fui de las publicaciones de la UNEAC, contribuí a que se hiciera la *Orbita de Lezama*, para cuya preparación sugerí a Agustín Pi, pero que, con beneplácito de Lezama, realizó Armando Álvarez Bravo.

En 1965 escribí el poema «Lezama persona» en el que traté de evocarlo a partir de detalles más bien cotidianos. Aludo allí, por ejemplo, a ocasiones en que salimos a cenar juntos. No obstante ser un hombre pobre, cuando cobraba acostumbraba convidar a sus amistades más cercanas a comer en algún restorán habanero. Con mi esposa y conmigo, como después se verá que lo recuerda en sus cartas, fue más de una vez a sitios donde vendían comidas chinas, en general bastante humildes y baratas, pero que él magnificaba y veía feéricamente. Sin embargo, lo curioso en Lezama es que supo vivir de modo feérico y tener, a un mismo tiempo, los pies afincados en la tierra. Comunión que se aprecia también en su obra literaria, hecha de los elementos más suntuosos o fantásticos y de las cosas más inmediatas. Una de las frases de mi poema, «La forifai en la mano de D^o Artagnan», remite a una de las muchísimas observaciones pintorescas que le oí. Era durante la última etapa, atroz, del batistato, y en la plática con él me manifestó: «*En un momento determinado, la página se quedará en blanco, porque no admitirá ya la escritura. A mí no me agarrarán entonces en mi casa, sino que tendrán que cazarme por los tejados de La Habana, donde estaré con mi forifai (revólver forty five) en la mano.*» Aquella imagen (Lezama pesaba alrededor de trescientas libras), imagen en verdad alucinante, la incorporé a mi texto.

Hay también una oración, «Tú serás el animal», que proviene de otra conversación que sostuvimos. Le hablaba sobre los feroces ataques que él recibía de los mediocres, y que casi siempre le acompañaron, como los ladridos a los caballos que galopan. Aquella vez, cuando le mencioné la jauría variopinta, Lezama evocó a un poeta maduro de otro país al cual sus mezquinos enemigos literarios atacaban con furor, y que en una oportunidad le dijo a uno de sus jóvenes amigos que tocó el desagradable punto: «*Algún día tú serás el animal*», lo que Lezama me anunció con malicia y tristeza: y,

como experimenté después (también yo era joven entonces), con razón.

Una cubanía de resonancia universal

A partir de nuestro primer encuentro, tan pronto se editaban sus libros me los hacía llegar con dedicatorias muy originales y afectuosas. Desde joven he sido lector asiduo de los clásicos griegos y latinos, y vivía con verdadero gozo la familiaridad y gracia con que Lezama los evocaba. Al dedicarme en junio de 1953 su «*Analecta del reloj*», lo tuvo en cuenta y me anotó: «*Para Roberto Fernández Retamar, por sus comienzos y por su risa rápida ante las burlas grecolatinas. De su amigo Lezama Lima*». Por cierto que es tentador reunir sus dedicatorias —a libros propios y ajenos—, dedicatorias que a menudo son poemas, como los versos mallarmeanos de circunstancia. Ofrezco aquí varias de las dedicatorias con que me alegró.

Tras haber leído yo a finales de 1953, en el Lyceum de La Habana, el último capítulo de mi libro *La poesía contemporánea en Cuba* (que trata de su poesía y de la de otros poetas de su grupo), me regaló las *Obras Completas* de Baltasar Gracián con estas líneas:

«*Las décimas del «Retrato de Gracián» están dedicadas junto a la numerosa paginación de la Aguilar, a mi querido amigo Roberto Fernández Retamar, en una agradable mañana de Noel, en recuerdo del crepúsculo en que nos leyó su noble trabajo sobre la poesía cubana. Con mucho afecto de J. Lezama Lima. Diciembre 1953*».

Las décimas mencionadas que siguen en el ejemplar a estas palabras, las recogió luego, con el título «Visita de Baltasar Gracián» y escasísimas variantes, en su libro *Dador* (1961).

Aquel estudio mío, como ya dije, se publicó al año siguiente en las Ediciones Orígenes. Al entregarle un ejemplar a Lezama, él me reciprocó con *La poesía mexicana moderna*, antología hecha por Antonio Castro Leal, acompañada de este poema:

*Al precisarlo entre la espuma, Roberto,
Eolo sopló en su cabellera de joven disertó.
Linda hazaña procura la suma,
Después entresaca la espina de la espuma.
¡En la mesa de ajedrez un caballo de mar,
Y en los gerundios un hociquillo breve, Retamar!*

El día que me regaló su estudio de poesía cubana, le regala a su amigo, J. Lezama Lima.

XXII-IV-/954

En 1955 me dio con dedicatorias suyas al menos dos libros. Al frente de *La idea fija*, de Paul Valery, traducido por José Bianco, escribió:

«Para mi querido Roberto F. Retamar, celebrando con una décima la tarde en que el «nonsense» adquirió al fin la gravedad del sabor:

*Se escapa fija la idea,
anda en el punto que vuela,
quiere engatusar la tea,
que sin ijares se cuele
con arrugas y maltrato.
Pero esperamos cegato
la tinta del amanecer.
tregua de Dios, nos recrean.
Es preciso, nos voltean
lentamente. Es de ver.*

De su amigo, J. Lezama Lima
16 Abril /955

La dedicatoria del otro libro no lleva fecha, pero por lo que dice sé que es de 1955, pues fue entonces cuando Adelaida y yo viajamos por vez primera a Europa, donde visitaríamos Italia. Se trata del *Diario florentino*, Rainer María Rilke, traducido por Marcelo Masola, que dice a su frente:

*Para Roberto, Adelaida,
La gastronomía china,
La aspirina más divina
Que humana. La Tebaida,
Doce ruegos para el buen viaje.
De su amigo continuo, J.
Lezama Lima*



José Lezama Lima.

Al regalarme un ejemplar de las *Fábulas mitológicas de España*, de José María de Cossío, escribió:

*Giorgione, mejor concierto,
flauta, el mejor sonido,
para Adelaida y Roberto
uno el aire estremecido,
después de tan bien servido,
frente al balcón, muy abierto.*

De su amigo,
José Lezama Lima
Junio, 1956

La expresión americana nos lo mandó a los Estados Unidos donde yo enseñaba en la Universidad de Yale) diciéndonos: «*Para Roberto Fernández Retamar, también para Adelaida, unidos en el recuerdo y la poesía. De su amigo querendón, J. Lezama Lima. Nvre., 1957*» *Tratados en La Habana* llegó con estas estrofas:

*Para Adelaida, para Robert,
para el parnaso o el tapiz,
el oro de un concierto
para las bodas de Grano de Anís
Para Adelaida, para Roberto,*

*para Parménides por el Dios Uno
en la mañana de un cielo abierto,
el docto cielo de la Juno.*

Amigo es
J. Lezama Lima
Mayo y 1958

En *Dador* puso: «*Para Roberto y Adelaida, que viajan alrededor de un centro, habanero y poético, que a todos nos deleita, pues la amistad comienza con una sonrisa. Abrazos de J. Lezama Lima. Enero y 1961.*» Y casi simultáneamente nos dio su traducción de *Lluvias*, de Saint-John Perse, con estas palabras: «*Para Adelaida y Roberto, alzando el mantel a nube. Su amigo J. Lezama Lima. Enero y 1961.*» (¿Tendré que decir que este «mantel», ese «bien servido» y aquella «gastronomía china» aluden a las cenas inolvidables a que nos convidaba en modestos restaurantes de que ya he hablado?)

Cuando apareció su *Antología de la poesía cubana*, me la envió con la siguiente dedicatoria en su tomo primero: «*Para Roberto Fernández Retamar, recordándole la sentencia de un himno atribuido a Orfeo: «sólo hablo para los que están en la obligación de escucharme», por eso, en matinal sosiego, le dedico la Antología. Su muy amigo J. Lezama Lima. Julio y 1965.*» Y su edición de la *Poesía* de Juan Clemente Zenea me llegó anunciada así:

«*Para Roberto Fdez. Retamar, como quien siempre ha admirado aquellas dichosas edades de las analectas del Dr. Kung Tse (a quien las etimologías*

latinas de los jesuitas le regalaron el horrible Confucio) y las recopilaciones del alejandrino Justiniano, reciba Ud. esta caroñosa muestra de mi libro de recopilador. Con amicitia latina y cumbilismo criollo de J. Lezama Lima. Marzo y 1966.»

En *Paradiso* volvió a la dedicatoria-poema: «*Para Roberto Fdez. Retamar, el Paradiso con una decimita.*» Hela aquí:

De Orígenes a la Casa,
usted se conserva bien,
su poesía ya rebasa
y su amistad también,
los exagramas de Wen.
el raspador de tortugas.
Sabichoso sin arrugas,
el martiano octosilábico
y el aristo pindárico,
suenan como las marugas.
Muy amigo suyo es
J. Lezama Lima
Marzo y 1966

Y su *Poesía completa* lleva al frente estas palabras: «*Para Roberto Fernández Retamar, en recuerdo de aquellos tiempos dorados en que se publicaban aquellos 'palacios' y 'tomeguines' en Orígenes; Abrazos de J. Lezama Lima. 26 de noviembre. 1971.*»

Ahora veo que para entonces habían pasado veinte años! De la aparición en Orígenes de mis palacio y tomeguín adolescentes, que su generosidad había acogido. **bU**